

MIÉRCOLES XVIII DURANTL'ANY (A)
Jubileo presbiteral del P. Alexandre
Homilía del P. Abad Josep M. Soler
9 de agosto de 2017
Núm 13, 1-2.25 - 14, 26-29.34-35; Mt 15, 21-28

Mujer, qué grande es tu fe. ¿Quién no quisiera oír un elogio así del Señor referente a la propia fe? Migrada como suele ser la nuestra, nos admiran, hermanos y hermanas, estas palabras de Jesús dirigidas a la mujer cananea.

Repasemos brevemente el episodio para entender este elogio que hace el Señor. Jesús se encuentra fuera del territorio de Israel. Ella es una *cananea*; una mujer extranjera, y pagana, por tanto. Con todo, manifiesta su fe en Jesús. Le da el trato de *Señor* y lo reconoce como *hijo de David*; es decir, como el Mesías enviado de Dios. Y cree que puede curar a su *hija enferma*. La actitud de Jesús, sin embargo, para con ella es sorprendente. No la acoge con aquella benevolencia humilde que nos tiene acostumbrados, sino que la trata con dureza, con displicencia. A la profesión de fe de ella, corresponde con el silencio: *Él no le respondió nada*, dice el evangelista. La mujer, sin embargo, insistió a gritos. Y los discípulos se hartan: *Atiéndela, que viene detrás gritando*, dicen al Maestro. Jesús entonces da la razón de su inoperancia: *sólo he sido enviado a las ovejas descarriadas de Israel*. Es como decir, esta mujer de la tierra de Canaán no entra dentro la misión sanadora que he recibido. A pesar de estas palabras que por sí solas eliminarían toda esperanza de que Jesús le atendiera, la mujer se prosterna (en un gesto de humildad y de veneración) y continúa insistiendo: *Señor, ayúdame*. Jesús reacciona a esta petición con una dureza aún mayor, inusual en él cuando acogía las debilidades y las enfermedades de la gente y les ofrecía el reposo que deseaban (cf. Mt 11, 30). Le dice unas palabras muy fuertes, incluso insultantes: *No está bien tomar el pan de los hijos y echárselo a los perritos*. Es decir, lo que yo he de aportar al pueblo de Israel no lo puedo malgastar dándolo a los perros. El perro era un animal impuro según la Ley y los paganos, como aquella mujer cananea, también eran considerados impuros, de ahí el paralelo que hace Jesús. Ella, sin embargo, no reacciona con agresividad, ni con una actitud defensiva. Reconoce el argumento de Jesús, pero su fe la lleva a darle la vuelta: *Tienes razón, Señor; pero también los perritos se comen las migajas que caen de la mesa de los amos*. Y ante esta insistencia creyente de la mujer, Jesús exclama maravillado: *Mujer, qué grande es tu fe*. Y atiende su petición curando a su hija. Ha querido llevar a esa mujer hasta el límite para profundizar su fe.

Después de habernos fijado en el episodio, saquemos ahora algunas conclusiones para nuestra vida. La primera, que esta escena de la cananea nos debe mover al agradecimiento y la alabanza. Si bien Jesucristo, fue enviado primero al pueblo de Israel, el destinatario de su Evangelio y de su salvación era, y es, toda la humanidad, judíos y paganos. Gracias a ello hemos podido llegar a la fe y al conocimiento de Jesús, hemos podido encontrarlo como médico de nuestras almas, como fuente de nuestra esperanza, como salvador más allá de la muerte. Aquella mujer, pues, era una primicia.

Y una segunda conclusión, relativa a nuestra vida de fe. Podemos experimentar el silencio de Dios. Podemos ver que pedimos y no obtenemos. Esto entra dentro de la pedagogía divina, como entró el silencio y la inacción primera de Jesús ante la *mujer cananea*. El silencio de Dios es una llamada a profundizar más nuestra confianza en él a pesar de las constataciones negativas que podamos hacer en nuestro entorno. Tampoco, según escuchábamos en la primera lectura, los *hombres que Moisés envió a explorar la tierra que Dios había prometido dar a su pueblo*, tuvieron suficiente fe. De

asustaron ante el gran esfuerzo que les supondría entrar en aquella tierra, habitada, precisamente, por el pueblo de Canaán, y se querían echar atrás ante las enormes dificultades que tendrían que afrontar. Y así desalentaron a una gran parte del pueblo de Israel. Confiaban más en la obra de sus manos, en sus fuerzas humanas que en Dios que les había ido demostrando como caminaba con ellos para ayudarles. Aquellos no recibieron el elogio de Dios por su fe, sino la desaprobación. La lógica de Dios no niega la lógica humana, la hace ir más allá, le abre un horizonte mayor. Por eso hay que vivir la fe y la esperanza. Una fe y una esperanza acogedoras del amor de Dios y que se abren al amor y al servicio a los otros.

La fe vivida es la que llevó nuestro P. Alexandre Olivar al monasterio. La esperanza y el amor son los que lo han hecho perseverar. Y para servir a Dios y a los hermanos recibió el sacramento del presbiterado hoy hace 75 años. Con este largo ejercicio del ministerio, hoy en sus 98 años de edad, da gracias a Dios e invoca la misericordia divina sobre las negligencias que haya podido tener en las tareas ministeriales.

Nosotros nos unimos a su acción de gracias. Una acción de gracias que encuentra su culmen en la Eucaristía que celebramos. En ella se da un intercambio: nuestra acción de gracias sube hacia Dios y él hace que su gracia divina descienda sobre nosotros. Esta gracia divina nos ayuda a vivir, no confiando en nuestros méritos, sino en los dones de Dios. Porque tal como enseña San Pedro Crisólogo, -un padre de la Iglesia que el P. Alexandre ha hecho objeto de sus estudios desde la juventud- quien corre el camino cristiano sólo confiando en la fuerza humana, no llega a la corona. Llega quien se fía de la gracia y acoge los dones de Dios (cf. Sermón, 152, 9).